

**Algunas razones por las cuales usted no debería intentar hacer una revista de divulgación en humanidades (siendo un simple estudiante de licenciatura y, además, recién egresado). El caso de *Regiones, suplemento de antropología...***

GERARDO OCHOA <sup>1</sup>

En la primera mitad de la década de los 2000, un grupo de estudiantes de antropología inició la publicación de un medio de difusión de su disciplina, al cual le dieron el nombre de *Regiones, suplemento de antropología...* Este se publicó durante tres años como encarte en un periódico local y luego continuó de forma independiente a través de internet.

El primer número de *Regiones* apareció el 14 de septiembre de 2004. Tenía entre sus secciones un editorial, un artículo de fondo, un estudio de caso, una entrevista, la reseña de algún libro y una sección denominada “Diario de Campo”, cuya intención era presentar las experiencias de viaje de los antropólogos. Además, incluía registros fotográficos sobre sus andanzas, lo cual es una herramienta irremplazable de la investigación etnográfica.

Así empezó un proyecto editorial que buscaba llevar más allá de los claustros universitarios, los temas, intereses, métodos, estudios, teorías y otras vicisitudes de la antropología, con la finalidad alcanzar una mejor comprensión de nuestra realidad.

Los editores de *Regiones* armaron ediciones monográficas sobre una gran variedad de temas: migración, infancia, movimientos sociales, feminismo y un largo etcétera.

En un inicio, como suele ocurrir, las colaboraciones provenían de los propios editores y sus redes inmediatas. Con el tiempo fue posible incluir trabajos de investigadores de otras universidades nacionales y extranjeras.

---

<sup>1</sup> Editor fundador de *Regiones, suplemento de antropología...*, egresado de la primera generación de la Maestría en Producción Editorial, Facultad de Humanidades/Facultad de Artes, Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). Actualmente es jefe de Publicaciones de Humanidades en la Dirección General de Publicaciones de Investigación (DGPI), Secretaría de Investigación de la UAEM. Correo: [gerardo.ochoa@uaem.mx](mailto:gerardo.ochoa@uaem.mx)



Quienes participaron en los 51 números de *Regiones* eran lo mismo estudiantes de grado o posgrado que doctores. Sus colaboraciones se aceptaban no por el título académico que éstos tuvieran, sino por su pertinencia temática. Estos investigadores, a sabiendas de que un medio como éste les redituaba muy poco, colaboraron siempre con la intención de difundir su trabajo.

También hubo entre sus páginas activistas, artistas y creadores, periodistas y una amplia gama de colaboradores no necesariamente inmiscuidos en la investigación académica, pero sí comprometidos con las temáticas abordadas en *Regiones*.

El contexto en el que apareció *Regiones* fue el de la consolidación, por un lado, del agotamiento de formas tradicionales de difusión de la ciencia y la cultura en medios de comunicación masiva y, por otro lado, de la aparición de nuevas estrategias de acción, impulsadas por las nuevas tecnologías de información y comunicación.

El caso de *Regiones* es una muestra de un amplio proceso al cual se ha definido como el desarrollo de nuevas formas de movilidad de grupos de jóvenes con intereses en la cultura y el arte. A esto se le ha definido como “una cierta demanda en torno a nuevas formas y estilos de producción cultural”,<sup>1</sup> si bien ésta no se refiere sólo al abstracto “vaciamiento de los grandes relatos”, sino a cómo materialmente el pensamiento único y la voz omnímoda de los medios tradicionales han podido ser radicalmente desactivados. En la utopía del internauta, esa capacidad de acción ha permitido a esos grupos alcanzar el litoral de un *nuevo mundo*, sustentado en valores como la “confianza, generosidad, libertad de acción, creatividad, pasión y entrega”, horizontalidad.

*Regiones* tuvo unas características muy específicas que hicieron de él una publicación singular. En su momento, fue el único medio de divulgación especializado que se editaba de manera independiente en el ámbito local. Existen hasta la fecha otros medios parecidos,

pero no son independientes. Es el caso del suplemento *El Tlacuache* y de las revistas *Hypatia* e *Inventio*.

En segundo lugar, *Regiones* fue una de las pocas publicaciones de divulgación cuyo interés se centró exclusivamente en una disciplina, la antropología; en el vínculo de ésta con otras ciencias, y en el propósito de dar a conocer sus temas e intereses actuales abarcando la mayor amplitud temática posible, sin consignas de por medio ni limitantes burocráticas.

También *Regiones* se distinguió de los llamados suplementos culturales artístico-literarios y de los suplementos temáticos de periodismo especializado, por una comprensión de la cultura que rebasa ampliamente la visión de la misma solo como “bellas artes” — aparte de que “lo cultural” no es la única meta del conocimiento antropológico— y porque sus aportes provenían de especialistas en antropología y disciplinas afines.

A *Regiones*, en cierto sentido, le tocó vivir el agotamiento de la breve tradición local de suplementos impresos y, al mismo tiempo, tuvo que adaptarse a otros medios para poder sobrevivir. Desde su primera edición se publicó simultáneamente impreso y en línea. Si bien su versión digital estaba en formato pdf y era idéntica a la impresa, a partir del número 10 incorporó contenidos exclusivos para este soporte. Finalmente, a partir del número 27 se dedicó exclusivamente al medio electrónico de acceso en línea, tanto en pdf como en html.

Para publicaciones tan singulares como *Regiones* es prácticamente imposible obtener financiamiento de instituciones públicas, educativas o de gobierno. En el ámbito municipal, apenas existe una Dirección de Cultura, que ni siquiera cuenta con un programa editorial. En el ámbito estatal, el programa editorial concibe igualmente “la cultura” como “bellas artes” y si bien tiene una línea editorial de patrimonio, éste se concibe normalmente como rescate de edificios históricos y monumentos. Los recursos de los fondos para la cultura y

las artes se convirtieron en “programas de estímulos a las creaciones artísticas”. La cultura, por más que se entendiera solo como “bellas artes”, desapareció.

Para una publicación como *Regiones*, que abordaba temáticas como las de las culturas urbanas, por ejemplo, resulta imposible ajustarse a concepciones, como la del Pacmyc, que ven en las prácticas sociales mero folclor y ornamento de museo.

Las instituciones educativas y de investigación tampoco cuentan con medios de financiamiento para este tipo de iniciativas. Producen sus propios medios y a veces olvidan dialogar con iniciativas independientes.

Otras fuentes de financiamiento, como la beca Edmundo Valadés, patrocinan “revistas culturales” pero entienden por éstas, una vez más, publicaciones dedicadas al arte y la literatura. Concebir “lo cultural” *de otro modo* supondría un cambio en el trasfondo ideológico del Estado, y eso naturalmente no ocurrirá; menos ahora que el dinosaurio volvió por sus fueros.<sup>2</sup>

A estas condiciones adversas del entorno se puede agregar que *Regiones* era una publicación de estudiantes egresados de licenciatura y que éstos nunca recibieron apoyo económico alguno para hacer su trabajo. Su labor se sostuvo durante diez años, aunque de forma muy irregular y con una gran cantidad de fallas, sólo por el placer de llevarla a cabo y por el interés de que su disciplina rebasara los espacios universitarios.

“Los jóvenes editores [...] —dicen Marcó del Pont y Cecilia Vilchis— dan lugar a modelos de producción de contenidos con características singulares, que se asemejan al modelo de empresa familiar o de amigos que describe Jason Epstein; una que no es un negocio convencional; que se acerca más a ‘una vocación o a un deporte cuyo objetivo primordial es la actividad en sí misma más que un resultado económico’ (2001: 20)”.<sup>3</sup>

En cuanto al ámbito “natural” para un medio como éste, que sería una facultad o una universidad, existen otras formas de exclusión que impiden el desarrollo de esta clase de iniciativas. A menos que se trate del proyecto de un investigador, la posibilidad de obtener financiamiento del Conacyt para una publicación como *Regiones* es casi nula. Primero, porque esos recursos ni siquiera existen, y segundo, supuesto que existan, porque hay que ser investigador para tener acceso a ellos.

El caso del Conacyt es elocuente: el índice de revistas de divulgación apareció hace apenas un par de años; antes de eso, para el Conacyt la divulgación simplemente no existía. En cuanto a las jerarquías, resulta evidente que “lo estudiantil” ha ocupado siempre el estrato más bajo en la escala del ser académico. Se le atribuye un conjunto de valores negativos que deslegitiman cualquier iniciativa que provenga de ahí. Pareciera que lo estudiantil *per se* fuera sinónimo de falta de compromiso, inconstancia, desmadre, fiesta y todo lo opuesto a la seriedad ceñuda del académico que sí hace ciencia.

El ejemplo de *Regiones* muestra que el ser una revista hecha por estudiantes no impidió mantenerla durante diez años y atraer colaboradores de un buen número de universidades nacionales y del extranjero. Por el contrario, esto le permitió una cierta maleabilidad en sus procesos y, aunque no sabemos qué tanto se consiguió, tratar de llevar la antropología más allá de los muros universitarios.

Hasta la fecha, aunque por suerte cada vez menos, seguimos esperando que se comprenda mejor el papel fundamental de la academia en la definición de la figura del editor contemporáneo y futuro, “en un ambiente de comunicación de conocimientos abierta, democrática y participativa”.<sup>4</sup> Porque, antes que de “periodismo”, “cultura” o “literatura”, de eso se trata en las publicaciones como *Regiones*: de conocimientos.

Pareciera que académicos, estudiantes y lectores en general tenemos que resignarnos a ver cómo pasa el tiempo sin que las instituciones de educación superior, las culturales y las de investigación, públicas y privadas, se hagan cargo de su responsabilidad de dar acceso libre y gratuito a su amplia producción académica.

Como publicación de su tiempo, *Regiones* logró superar las exigencias de su entorno poniendo en práctica estrategias para salir a flote. Un poco por necesidad pero también por convicción, optó por abandonar el *viejo mundo* del monopolio de la palabra escrita por unos cuantos, que fue la época de los medios impresos, y aprovechar, aunque limitadamente, las posibilidades de apertura de un *nuevo mundo* ofrecidas por las tecnologías de la información y comunicación, particularmente internet.

Al instalarse deliberadamente del lado de la “falta de seriedad” y poner así en cuestión la oposición excluyente entre la seriedad del maestro y la no seriedad del alumno, se obtuvo un producto editorial que hasta la fecha, al menos localmente, no tiene punto de referencia.

Antes que ponerse serios y pesados para difundir el conocimiento académico, los editores de *Regiones* encontraron en este proyecto un buen pretexto para afrontar jovialmente su realidad. Porque, como dijera el filósofo de la ciencia jovial, que terminó sus días platicando con caballos, “todas las cosas buenas ríen” y “hasta un niño encuentra en la tierra motivos para reír”.<sup>5</sup>

---

<sup>1</sup> Néstor García Canclini y Francisco Cruces, “Conversación a modo de prólogo”, en Néstor García Canclini, Francisco Cruces y Maritza Urteaga Castro Pozo (coords.), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, las editoriales y la música*, Ariel/Fundación Telefónica/UNED/UAM, Madrid/Barcelona/México DF, 2012, p. XI.

<sup>2</sup> Heriberto Yépez, “El ‘ensayo creativo’ oficializado”, *Laberinto*, núm., 586, p. 12.

<sup>3</sup> Raúl Marcó del Pont Lalli y Cecilia Vilchis Schöndube, “Antes el futuro también era mucho mejor. Jóvenes editores”, en Néstor García Canclini *et al.*, *Jóvenes, culturas urbanas...*, *op. cit.*, p. 66.

<sup>4</sup> Ernesto Priani y Alejandro Pisanty, “Introducción”, en Isabel Galina y Cristian Ordóñez, *Introducción a la edición digital*, UNAM (Biblioteca del Editor), México DF, 2007, p. 14.

<sup>5</sup> Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, Época, México DF, 1980, pp. 261, 262.